Prólogo

El Rayo del Destino

La noche había caído sobre la ciudad con un peso extraño, como si el cielo mismo estuviera al borde de desgarrarse, nubes densas se acumulaban sobre los tejados, inmensas, pesadas, colosales, y de cuando en cuando un relámpago las atravesaba como una lanza de fuego, los truenos hacían vibrar las ventanas, rugiendo con un eco que parecía venir desde un tiempo anterior a la memoria humana, era una tormenta eléctrica, furiosa y hermosa, pero para Josele no era más que el telón de fondo perfecto, en su habitación, la lluvia y el rugido del cielo quedaban lejos, convertidos en un murmullo que acompañaba el resplandor azul de su monitor, allí, entre paredes llenas de póster y estanterías con figuras de sus sagas favoritas, solo existía él, su consola y los mundos virtuales a los que se entregaba cada noche, frente a él descansaba su consola OmegaCore 5, una joya tecnológica, la última evolución de los videojuegos, el mando vibraba bajo sus dedos con cada movimiento, y la pantalla desplegaba un catálogo infinito: combates imposibles, tierras mágicas, ciudades digitales, universos pixelados, cada título era una promesa de aventura y esa noche Josele pensaba perderse en uno más, como tantas veces, pero entonces, ocurrió algo inesperado, la consola comenzó a parpadear. Primero un leve destello, luego un temblor más intenso, hasta que la pantalla se cubrió de distorsiones: líneas verdes, imágenes incompletas, símbolos que no deberían estar allí, el mando se calentó en sus manos y de pronto, entre las interferencias, apareció un mensaje escrito en un idioma que no reconocía, pero que su mente comprendió de forma instintiva:

"ACCESO ABIERTO: VERSO PRIMARIO."

Josele tragó saliva.

—¿Qué… qué es esto?—murmuró Josele, más para sí mismo que para alguien más.

El sonido de un trueno ensordecedor sacudió la casa, la tormenta descargó un rayo justo sobre su tejado, y el destello lo envolvió todo,

Josele cerró los ojos por reflejo y cuando los abrió, la habitación ya no existía, flotaba, no en el aire, tampoco en el agua, sino en una esfera líquida de pura energía, un espacio sin suelo ni techo donde el universo parecía respirar, a su alrededor, se abrían portales gigantescos, suspendidos en la nada, cada uno distinto: uno ardía con llamas celestes, como un sol vivo enmarcado en un círculo, otro estaba hecho de tinta negra y líquida, derramándose hacia abajo sin fin, otro vibraba con fragmentos pixelados, como si la misma nostalgia de los videojuegos se hubiera convertido en puerta y entonces lo notó: en su mano, sin haberla tomado, apareció un arma, una espada que no era de acero ni de metal, sino de luz pura y sombras trenzadas, respirando como si tuviera corazón propio, su filo no estaba completo: era como si esperara crecer con él, absorber algo más en su viaje. Una voz surgió, no desde fuera, sino dentro de su cabeza, grave, ineludible, como si hablara desde los cimientos del cosmos:

"Eres el responsable de la distorsión y solo tú puedes restaurar el equilibrio."

"Viajarás por mundos quebrados y al final deberás juzgarlo todo."

Josele tembló, sin comprender del todo, pero sintiendo en lo más profundo que aquello no era un juego, la tormenta lo había elegido o tal vez, la tormenta solo había abierto lo que ya estaba escrito en su destino, así nació la leyenda de la Espada del Juicio, un arma viva, destinada a absorber la esencia de cada mundo visitado, capaz de reflejar las victorias y las caídas, los fragmentos de universos rotos y las almas rescatadas, ese fue el comienzo. Josele no era un guerrero, no era un elegido, ni un héroe nacido para luchar, era un chico cualquiera, perdido entre consolas y sueños digitales, pero tras aquel rayo, tras aquella noche, se convirtió en lo impensable: el vínculo entre todas las realidades y aunque aún no lo sabía, su viaje no lo llevaría solo a recorrer mundos quebrados, sino también a enfrentarse con la sombra más antigua de todas: la que siempre lo había acompañado en silencio, una sombra que no aguardaba en otro universo ni detrás de un enemigo imposible, sino en el lugar más difícil de mirar: dentro de sí mismo, porque a veces la batalla más larga no comienza cuando levantamos una espada, sino cuando empezamos a entender quién la empuña.

1

El Mundo de Solar Fist

Cuando el primer portal absorbió a Josele, no hubo caída, ni suelo, ni tampoco horizonte, solo una ráfaga de viento como un rugido, un estallido de luz que desgarró la oscuridad y, después, fuego, mucho fuego, despertó sobre una llanura rocosa y ardiente, el aire era espeso, cargado de energía, casi como si respirara lava líquida, sobre su cabeza, el cielo parecía en guerra consigo mismo: nubes púrpuras chocaban como colosos eléctricos, lanzando descargas que caían en zigzag hacia las montañas, cada trueno sacudía el suelo, y en la distancia se escuchaban rugidos que no pertenecían a ninguna bestia común, era un mundo nuevo, brutal, vivo y al mismo tiempo, quebrado, el calor no venía solo del sol abrasador que dominaba el cielo, parecía surgir del propio planeta, como si la tierra guardara dentro de sí una energía indomable, por eso, en los registros de los viajeros del multiverso, aquel mundo tenía un nombre sencillo y contundente: Solar Fist, un mundo legendario, forjado por generaciones de guerreros que habían creado un arte ancestral: el dominio del Sol Ki, allí, la energía vital no era vista como un recurso interno, sino como un lenguaje sagrado, un puente entre el cuerpo y el cosmos, los Solarianos entrenaban desde la infancia para canalizar esa fuerza en sus músculos, en sus puños, en cada fibra de su espíritu, combatían en duelos que no solo eran batallas, sino ceremonias: explosiones de luz y calor capaces de abrir cráteres en la roca, de teñir la noche con destellos solares, de incendiar el aire en ondas ardientes. Josele lo comprendió en un instante: estaba en el epicentro de un mundo donde la lucha era existencia y el fuego, identidad, pero también vio lo otro, lo terrible, el cielo no solo tenía tormentas, también tenía grietas, rajaduras luminosas suspendidas en el aire, como heridas abiertas en la realidad, era como si el mundo mismo se deshilachara desde dentro, como si alguien hubiera intentado coser lo con hilos que no encajaban, Solar Fist estaba siendo devorado lentamente por algo que lo corroía desde sus raíces. La Espada del Juicio, colgada a su espalda, comenzó a vibrar con fuerza, respondiendo al denso Sol Ki del entorno, Josele entendió que no era un simple observador: la distorsión estaba allí, viva, y él era

parte del problema y quizá también la única salida, de repente, una explosión partió el cielo, una figura cayó desde lo alto, envuelta en fuego y rabia, era un joven de cabello dorado y puntiagudo, vestido con una túnica roja desgarrada que ondeaba como una llama, pero sus ojos no tenían voluntad: solo un resplandor corrupto, extraño, lleno de grietas.

—¡Ese es Kaen, el heredero del Puño Solar!—gritó una voz desde la distancia.

Josele giró y vio a un grupo de guerreros observando desde lo alto de una roca, uno de ellos, de cabello oscuro y una cicatriz que cruzaba su ceja como un rayo, avanzó un paso con expresión grave.

—Tú no eres de aquí, pero llevas esa espada, si has venido con ella, quizás seas capaz de salvarlo.

Josele no tuvo tiempo de preguntar nada, Kaen rugió, y en un instante estuvo sobre él, dejando a su paso un reguero de fuego que cortaba el aire, desató una técnica prohibida: el Fulgor Rojo, un arte temido incluso entre los Solarianos, capaz de multiplicar el poder a costa de consumir la propia vida, el cuerpo de Kaen estaba agrietado como porcelana al borde de romperse, y por esas fisuras no escapaba calor, sino algo mucho peor: pulsos de datos oscuros, fragmentos distorsionados, ecos del Eco Roto, la corrupción lo había devorado, Josele intentó resistir, pero cada embate era como un meteoro, apenas podía esquivar, apenas podía respirar, no tenía el entrenamiento de un Solariano, ni el dominio del Sol Ki, pero la Espada del Juicio respondió sola: en su mano, el filo se transformó en un guante de luz que envolvió su brazo, absorbiendo fragmentos de energía solar del ambiente. Un pensamiento se clavó en su mente.

—No puedo vencerlo con fuerza, pero quizás puedo curarlo.

Entonces cambió su intención, no levantó el arma para destruir, sino para restaurar, en el instante exacto en que Kaen cargó contra él con un último rugido, Josele clavó la hoja en su pecho, no con rabia, sino con decisión, una onda azul estalló, expandiéndose como una aurora sobre el campo de batalla, la distorsión tembló y luego se desintegró, Kaen cayó de rodillas, jadeando, sus ojos, antes vacíos y devorados por la corrupción, recuperaban el brillo de un guerrero humano, el fuego del Fulgor Rojo se apagó y con él las grietas que lo conectaban

a la distorsión, Josele respiraba con dificultad, sus manos temblaban, aún no entendía del todo lo que había hecho, no había ganado por ser más fuerte, había ganado porque su voluntad había sido diferente: no destruir, sino restaurar, la Espada del Juicio brillaba con un resplandor nuevo, ya no solo era luz pura: ahora su filo emanaba un calor cálido, como el de un sol naciente, algo había cambiado en ella, algo había cambiado en él, Kaen se levantó lentamente, apoyándose en la espada, su voz estaba quebrada, pero firme.

—Gracias viajero, no sé quién eres, pero el fuego de este mundo ahora también arde en ti.

Josele guardó silencio, pero en su interior comprendió algo esencial, había llegado a su primer mundo, un mundo llamado Solar Fist, donde la fuerza se forjaba en el alma y se lanzaba como luz ardiente y entendió también que la distorsión que lo corroía no era natural: no nacía de los Solarianos, sino de algo más profundo, más universal, el Eco Roto no era una simple distorsión, no era un monstruo que pudiera señalarse con el dedo ni una tormenta que pudiera rodearse, era una vibración anómala, una grieta que no solo deformaba la materia, sino también los recuerdos, los lazos, la esencia misma de los mundos, allí donde se extendía, las cosas no se rompían de inmediato se confundían, los nombres perdían significado, las promesas se volvían frágiles, las historias empezaban a narrarse mal, era una herida que no sangraba, pero alteraba todo lo que tocaba. El heredero Solar había sido su primera prueba real, un joven marcado por un linaje antiguo, por un poder que ardía demasiado fuerte para un mundo que ya estaba al borde del colapso, cuando el Eco intentó quebrarlo, no atacó su cuerpo, sino su identidad, le hizo dudar de su herencia, le hizo cuestionar si la luz que llevaba dentro era bendición o condena y Josele, sin entender todavía la magnitud de lo que enfrentaba, eligió intervenir, no como juez, sino como aliado, al salvar al heredero Solar, al ayudarlo a recordar quién era sin imponerle quién debía ser, Josele sintió algo cambiar dentro de sí, no fue una explosión de poder, fue una alineación, como si una parte dormida hubiera encontrado por fin un lenguaje propio, así despertó el Estilo Solar, no era solo una técnica nueva, era una forma distinta de luchar, ahora podía canalizar el Sol Ki a través de la Espada del Juicio, dejando que la energía ardiente de aquel mundo fluyera por el filo sin consumirlo, el metal no se fundía, resplandecía, la hoja no imponía,

iluminaba, el Estilo Solar no copiaba la fuerza del mundo, se adaptaba a ella, cada movimiento era más fluido, más directo, no buscaba cortar por encima de todo, sino abrir camino donde la oscuridad se había espesado demasiado, Josele sintió por primera vez que su espada no solo juzgaba también aprendía, mientras el cielo se despejaba y las nubes púrpuras retrocedían como cortinas tras una obra demasiado larga, la luz natural volvió a tocar la tierra, los habitantes del mundo Solar miraban hacia arriba con incredulidad, como si el simple hecho de ver el azul fuera un milagro olvidado. Josele permaneció quieto unos segundos, sintiendo el calor real del sol en el rostro, había ganado, pero no en el sentido que esperaba, no había erradicado el Eco por completo, lo había contenido, había impedido que aquella grieta devorara la identidad de un mundo que aún quería ser algo más que un error, entonces lo sintió, un tirón suave en el aire, un nuevo portal comenzó a abrirse en el horizonte, sus bordes brillaban con luz cambiante, como si no decidieran aún qué color adoptar. No era un umbral limpio, era inestable, del otro lado no se veía paisaje, solo sombras en movimiento y se escuchaba un susurro, el viento, mezclado con un grito de guerra pronunciado en un idioma ancestral, una lengua que no pedía ayuda exigía resistencia, el Eco no se había retirado, solo se había movido, Josele cerró los ojos un instante y respiró el aire ardiente del mundo que acababa de defender, sintiendo el Estilo Solar vibrar en su interior como una promesa aún por probar; sabía que aquello era solo el comienzo, porque el Eco Roto no era un enemigo aislado, sino un patrón, una enfermedad que aprendía, cuando abrió los ojos no hubo aplausos ni despedidas, solo la certeza de que otro mundo ya estaba siendo deformado mientras él respiraba, no dudó: dio un paso adelante, la Espada del Juicio brilló con un reflejo dorado que unía su propósito antiguo con el fuego recién aprendido, el siguiente mundo lo esperaba y esta vez no avanzaba solo con una espada, sino con una convicción que empezaba a tomar forma, sabía que cada mundo traería una prueba distinta, una forma nueva de la misma sombra, no podía prever cuántas veces tendría que levantarse ni cuántas decisiones lo pondrían contra sí mismo, pero por primera vez no caminaba solo por obligación, sino por elección y esa diferencia, pequeña pero firme, era lo que mantenía encendida la luz de la espada mientras el portal comenzaba a abrirse ante él.

2

El Clan del Viento Carmesí

El nuevo portal no lo lanzó entre llamaradas ni lo envolvió en fuego, como en Solar Fist, esta vez lo recibió con un silencio extraño, sofocante, una niebla rojiza y espesa cubría la tierra, flotando pesada como un sudario, el aire tenía un sabor metálico, mezcla de tierra mojada, pólvora reciente y sangre antigua, Josele emergió de un torbellino de símbolos flotantes, que se deshicieron en el aire como cenizas, el suelo bajo sus pies estaba cubierto de hojas secas y quebradizas, que crujieron como huesos bajo su peso, frente a él, un valle inmenso se extendía hasta perderse en montañas colosales, sus picos tenían rostros tallados en piedra, gigantescos semblantes de antiguos héroes o dioses, que observaban el horizonte con expresión grave, eran como guardianes mudos de una historia olvidada, a lo largo del valle se alzaban torres de vigilancia, canales de agua y calles que serpenteaban entre casas de arquitectura ancestral, era una aldea de linaje sagrado y sin embargo, todo estaba roto, muros agrietados, símbolos sellados brillando débilmente sobre las puertas, intentando contener fuerzas demasiado grandes para este mundo, el viento arrastraba cenizas invisibles, y entre ellas, un eco de batalla no muy lejana, este lugar era conocido como Tierra Carmesí, una región donde la fuerza no se medía por músculos o espadas, sino por el dominio de los sellos espirituales, allí, la energía del alma se canalizaba en posturas, gestos y mantras inscritos sobre la piel, creando pactos con las fuerzas del mundo, los clanes habían perfeccionado ese arte durante siglos para preservar los equilibrios de la naturaleza, pero ahora, ese equilibrio se había quebrado, el clan más antiguo, el Clan del Viento Carmesí, que alguna vez fue pilar de la paz, se hallaba hundido en una guerra invisible, una traición interna había corrompido sus pactos y lo que antes era un legado de protección, ahora era un campo de maldiciones vivientes. Josele avanzó despacio por las calles vacías, el silencio era inquietante, roto solo por el eco de sus pasos, el aire vibraba, como si los mismos sellos sobre los muros respiraran y entonces, una voz cortó el aire.

—¡Tú!—gritó alguien desde un tejado envuelto en humo. —¿Quién eres? ¿Eres otro de los alterados?

De entre la bruma surgió un joven de mirada feroz, su cabello oscuro estaba atado hacia atrás, y una capa raída, marcada con el emblema del Viento Carmesí, ondeaba tras él, en su brazo derecho ardía un sello luminoso, latiendo como un corazón vivo, saltó del tejado con agilidad felina, aterrizando frente a Josele, lo escrutó con recelo, y luego bajó la voz.

—No… tú eres distinto, no llevas chakra, pero…—sus ojos se clavaron en la espada que vibraba en la espalda de Josele, —esa espada…

La Espada del Juicio brilló con un pulso dorado, como si respondiera a su reconocimiento.

—Soy Raikuro—dijo el joven, —el último aprendiz de mi clan, si la espada te ha traído hasta aquí, entonces quizás… aún tengamos una oportunidad de detener esto.

Raikuro le habló rápido, como si cada palabra contuviera años de desesperación, explicó que la antigua deidad protectora del clan, Nakarashi, había sido sellada siglos atrás para mantener la paz, era un espíritu de viento, guardián del valle y protector de los pactos, pero el Eco Roto lo había infectado, corrompiendo su esencia hasta convertirlo en un dios fragmentado, un espíritu descontrolado, ya no protegía, destruía, su poder se filtraba en los sellos de los aldeanos, volviéndolos contra sí mismos, guerreros que habían vivido para resguardar la paz terminaban devorados por los mismos pactos que los definían, solo unos pocos, como Raikuro, resistían aún, pero no por mucho tiempo. Josele sintió el cambio en el aire, su espada absorbía fragmentos de mantras suspendidos en la niebla, que se adherían a su filo como runas palpitantes, símbolos vivos comenzaron a recorrer la hoja, formando patrones brillantes que latían con fuerza, como si la propia espada estuviera respirando, un conocimiento nuevo surgió en su interior, podía leer los sellos corrompidos, comprender la intención espiritual detrás de ellos, y devolverles su pureza original, el Juicio de Sellos y no solo eso, la espada también le otorgaba un don más peligroso: el Contra-pacto de Energía, la capacidad de absorber técnicas espirituales alteradas y revertir las a su estado original, enviando la energía de vuelta antes de la corrupción, era como si la espada hubiera entendido que este mundo necesitaba algo distinto a la fuerza bruta. De pronto, el cielo se encendió, un símbolo gigantesco se dibujó en fuego y viento sobre el

firmamento, abriéndose como una grieta ardiente, la tierra tembló bajo sus pies.

—¡Ya viene!—gritó Raikuro, tensando su brazo sellado.—Nakarashi ha roto el límite del sello, si no lo detenemos ahora, se propagará al resto del mundo.

Josele sostuvo la espada con ambas manos, su filo, ahora cubierto de inscripciones brillantes, ardía con una luz firme.

—Entonces lo sellaremos con juicio—dijo Josele con voz grave.

El cielo se partió, no fue trueno ni relámpago: fue un rugido sagrado, una silueta colosal descendió de la grieta, formada por corrientes de aire teñidas de rojo y fragmentos de pergamino luminoso, cada capa de su cuerpo estaba marcada con mantras corroídos y sus ojos eran círculos de sellos que giraban lentamente como engranajes antiguos, su boca se abrió y lo que salió no fue un sonido, sino presión pura, un rugido que aplastaba el alma, Nakarashi había despertado, Raikuro apretó el sello en su brazo, que ardió como un fuego rojo.

—Escucha, Josele, si logras tocar su núcleo, el sello principal en su pecho, yo podré cerrarlo para siempre, pero tendrás que abrirme el camino.

Josele asintió, la espada vibró como una campana, el espíritu atacó primero, una ráfaga invisible de viento comprimido atravesó la aldea, cortando muros y arrancando techos, los sellos inscritos en las casas se desprendieron y volaron hacia Nakarashi, atraídos como hierro a un imán, Josele se lanzó en zigzag, absorbiendo símbolos con el Contra-pacto, purificando antes de que lo hirieran, cada vez que tocaba uno, brillaba azul y regresaba al suelo limpio, Raikuro saltaba de tejado en tejado, lanzando cadenas de sello para atrapar los brazos de pergamino del coloso, pero Nakarashi contraatacó: de sus grietas surgieron guerreros espectrales, copias distorsionadas de los antiguos maestros del clan, eran figuras hechas de polvo y viento, que atacaban con movimientos perfectos, Josele cerró los ojos un instante, escuchando el flujo del aire y entonces lo comprendió, no debía luchar con rabia, sino con precisión. El Juicio de Sellos se activó, la espada emitió una onda que iluminó los mantras corruptos flotando en el aire y allí lo vio: un símbolo gigante incrustado en el pecho del espíritu, girando como un sol envenenado.

—¡Ahí!—gritó Josele.

Avanzó, cortando pergaminos que se deshacían en plumas de viento puro, cada tajo no destruía, sino que restauraba, el coloso rugió, intentando envolverlo, pero Josele hundió la hoja en el núcleo de su pecho, la espada absorbió la corrupción, y en ese instante Raikuro descendió, su brazo ardiendo, estampando el sello final sobre el corazón abierto, una explosión de luz roja y blanca cubrió todo el valle, cuando el resplandor se disipó, Nakarashi ya no estaba, solo quedaba un torbellino de aire fresco que recorrió la aldea, restaurando lentamente los muros y los sellos dañados. Raikuro, jadeando, sonrió con alivio.

—Lo logramos… el clan estará a salvo.

Josele guardó la espada, aunque sabía que aquella paz era solo temporal, el Eco Roto seguía activo y lo que habían enfrentado allí era apenas un fragmento de algo mucho más grande, detrás de ellos, un nuevo portal se abrió, sus bordes brillaban con destellos de fuego y golpes metálicos, como si al otro lado alguien estuviera luchando sin descanso en un combate eterno, Josele no dudó, dio un paso hacia adelante y saltó al siguiente mundo, el aire cambió en el instante en que cruzó el umbral, como si cada realidad tuviera su propio latido, la luz se transformó, el suelo dejó de ser firme por un segundo y luego volvió a existir bajo sus pies, no sabía qué lo esperaba al otro lado, solo que el Eco ya había llegado antes que él, apretó la empuñadura de la espada, no por miedo, sino por decisión y mientras el portal se cerraba detrás, entendió que cada salto era una promesa que tendría que cumplir. El mundo frente a él aún no mostraba su verdadero rostro, pero la tensión en el aire era suficiente para saber que algo ya estaba mal, el Eco nunca llegaba en silencio; siempre dejaba grietas en la forma en que las cosas respiraban, Josele avanzó con cautela, dejando que sus sentidos se acostumbraran al nuevo latido de aquel lugar, sabía que cada realidad tenía su propio equilibrio y que intervenir demasiado pronto podía romper lo que intentaba salvar, pero también sabía que esperar demasiado era justo lo que el Eco necesitaba para extenderse, así que respiró hondo, levantó la mirada hacia el horizonte desconocido y empezó a caminar.